

Nostalgia de Jaime Eyzaguirre

MAÑANA se cumplen 15 años de la muerte de Jaime Eyzaguirre.

Suele afirmarse que no existen personas irremplazables.

Desde una perspectiva provincialista profunda, tal afirmación encierra una gran verdad. Los hombres sólo somos útiles a los demás en cuanto instrumentos del plan divino. Al momento que Dios determina que alguien parta de esta vida es porque su Providencia lo ha dispuesto de ese modo. Y siendo así, no cabe suponer que de ello puedan derivarse males —aunque sí dolores— para los que aquí quedan.

Sin embargo, desde un ángulo meramente humano, creo que hay hombres efectivamente irremplazables, más allá incluso del mero lazo de los afectos. Hay personas cuyo vacío la sociedad no logra llenar. Y a quince años de su muerte, siento que don Jaime Eyzaguirre es, en tal sentido, uno de los casos más claros para Chile.

El historiador Eyzaguirre ocupa ya un sitio indiscutible en nuestro acervo cultural. Su reconocimiento al respecto resulta unánime y no precisa de argumentos ni elogios adicionales.

Pero no está allí su dimensión no sustituida a la cual aludo.

Es al maestro Eyzaguirre a quien tantas veces evoco con nostalgia, sin que encuentre en nuestro mundo universitario e intelectual alguien que llene el vacío dejado por su partida.

Y al decir maestro, obviamente no me circunscribo a sus clases y conferencias, ciertamente magistrales e inolvidables. Apunto a todo lo que proyecta a un profesor o catedrático hacia la auténtica calidad de maestro. Aquello que no sólo ilustra alumnos, sino que, además, forma discípulos, en una dimensión global de su existencia.

¿Dónde estaba el secreto de este maestro, cuyos discípulos nos contamos innumerables a través de varias generaciones? Impelido a una

“Hay personas cuyo vacío la sociedad no logra llenar... ¿Dónde estaba el secreto de este maestro, cuyos discípulos nos contamos innumerables en varias generaciones?...”



respuesta, me atrevería a destacar tres rasgos de su fecunda personalidad.

EN primer término, don Jaime transmitía un mensaje integral de vida. Convocaba, vigoroso y polémico, a vivir un gran ideal, a la vez ético y patriótico. Respetando siempre la conciencia del interlocutor, jamás escondía su vivo y acendrado catolicismo, procurando acercar a la fe a quienes no la tenían y robustecer o vivificar la de aquellos que la poseían. Convirtiendo la historia en algo vivo, actual y proyectado al futuro, invitaba apasionadamente a re-

crear Chile a partir de su reencuentro con nuestras más hondas raíces hispánicas y republicanas. ¿Podía concebirse un mensaje más global y seductor?

En segundo término, don Jaime sobresalía como un ejemplo de entrega personal a esa gran causa. Su pluma y su palabra golpeaban con la fuerza del testimonio. No había en él concesiones ni apariencias. Su digna pobreza y sus profundos dolores eran el precio de una vocación vivida sin renunciamentos. Por ello, además de atraer las inteligencias, convertía y movilizaba las voluntades.

Por último, don Jaime sabía dispensar verdadera amistad a sus discípulos. Su casa siempre abierta para ellos y se constituía en cenáculo renovado e incesante. Pero, además, siempre tenía tiempo para entregarlo en forma cálida e individual a quien se lo requería. Paradojalmente, su espíritu trasuntaba las soledades del que no transige con el relativismo moral contemporáneo.

POCOS han transmitido como don Jaime la dimensión de la fe cristiana que nos convierte en peregrinos anhelantes de la segunda venida de Cristo a esta tierra, al fin de los tiempos. Pocos han comunicado como él un llamado urgente a redescubrir la verdadera tradición de Chile, como fuente ineludible para labrar su presente y su futuro sobre roca firme. Pocos como él han sabido ser maestro en plenitud. Por eso extrañamos tanto su presencia.